EL ESPIRITU TRADICIONAL

POR

LUIS MARÍA SANDOVAL

A Alberto,
«Manuel de Santa Cruz»,
que intensamente ha vivido
y cultivado la Tradición;
y la ha transmitido.

Estamos familiarizados con la idea de que la sociabilidad es connatural al hombre, y de que existen diversos principios generales que rigen la existencia de todas las sociedades. Así, el principio del bien común, que es la norma suprema de todas ellas; el de autoridad, que todas precisan para poder encaminarse a aquél; los principios organizativos de totalidad y de subsidiariedad, y los principios animadores de la vida social: piedad y solidaridad. Sin embargo, no se suele considerar que la tradición es también un principio constitutivo y rector de las sociedades, y de enorme importancia.

Como vamos a ver, la tradición es un proceso por el que se transmite un legado. Pero la mayor responsabilidad en la consumación de esa transmisión es de la generación que, llegado el momento de recibirla, asume dicha herencia o rompe la continuidad con ella. Esa adhesión a lo recibido depende de un espíritu tradicional, el cual se puede y debe fomentar y educar, de lo cual nos vamos a ocupar en este artículo.

Ante todo, para adherirse sensatamente a la tradición hay que comprender primero su fundamento, su valor y sus límites. Para ello vamos a presentar, a modo de apuntes escuetos, unas nociones principales acerca de ella.

* * *

Fundación Speiro

Debe hacerse una salvedad previa. Ni la comunidad patria, ni la tradición de los mayores, son valores absolutamente supremos. Aun dando por supuesta la sumisión a Dios y su moral, conviene recordar que la patria está subordinada a la familia humana de las naciones. Y que la tradición es un medio al servicio del bien social, para su transmisión, perduración y progreso; por consiguiente, su depósito no puede convertirse en un valor independizado y fijo, inmutable de una vez para siempre.

Con la voz tradición se entienden dos cosas ligadas pero distintas. En primer lugar, la continuidad a lo largo del tiempo en una comunidad de usos e instituciones, esto es, el proceso de transmisión entre generaciones; de otra parte se llaman tradiciones a dichas instituciones y costumbres concretas que han sido heredadas y se mantienen en vigor: el acervo acumulado y que se transmite a su vez de nuevo. Pero la existencia de tradición en ambas acepciones, de modo que se aprecien y perpetúen en vez de disiparse, requiere un ánimo tradicional.

Propiamente, la tradición es connatural a la vida social, y más específicamente es elemento inexcusable de la civilización. Pero en ella se puede ver una similitud con los hábitos que configuran la vida de los individuos. Las tradiciones equivalen a hábitos sociales, y como el hombre es animal de costumbres las sociedades son entidades de tradiciones.

Lo primero de toda tradición entendida como proceso es el momento de conservación; sólo después procurará depurar, innovar y superar lo conservado. Pero lo más esencial de la tradición es siempre la continuidad.

La tradición es el progreso social acumulado (1). La constituyen progresos que han cuajado en éxitos (2). Por su mismo

(1) Sin tradición todas las generaciones se encontrarían ante el desproporcionado reto de progresar por sí mismas y en el transcurso de su vida partiendo siempre del Paleolítico. Desarrolló particularmente esta idea Juan Vázquez de Mella en su discurso en el Parque de la Salud de Barcelona (17-V-1903). *Vid. Obras Completas,* tomo XV (Política Tradicionalista, I), Barcelona 1932, págs. 156-166.

(2) La frase es de Jean Royer. Debe entenderse que se trata de éxitos

Fundación Speiro

fundamento es de naturaleza dinámica, abierta. La generación anterior, de forma natural, lega; la generación siguiente recibe, conserva, continúa y —si puede, lo cual no ocurre siempre— mejora; o por el contrario, descuida y rechaza alguna de estas acciones. Es claro que el protagonismo y responsabilidad de esta última es mayor (3).

El acervo de la tradición atraviesa una doble selección. Primero la natural: no todo lo hecho posee fuerza intrínseca para perdurar, ni aun siquiera en la memoria; y luego la moral: no todo lo sobresaliente se ha de juzgar merecedor de ser perpetuado (4).

La tradición es una continuidad viva. Se trasmite en el interior de un ambiente. En todo caso por maestros —*ex auditu* (Rom. 10,17)—, pero no por meros libros (5).

La tradición representa el arraigo en el tiempo, y, como la biografía en el individuo, constituye la propia identidad social, aquel pasado con el que sus miembros se identifican.

Precisamente, la personalidad del hombre se constituye por un proceso de enriquecimiento con nuevos lazos, en tanto que una desvinculación absoluta, si se consumara, le reduciría a la nada (6).

---

formalmente considerados respecto de la cualidad que se pretende transmitir: así, hay derrotas militares que, sin embargo, ilustran una tradición de comportamiento heroico; son éxitos del sentido del deber, no de la suerte de las armas.

(3) *Vid.* ALVARO D'ORS, «Cambio y Tradición», en *Verbo*, núm. 231-232 (1985), págs. 113-116.

(4) *Vid.* FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA Y OTROS, *¿Qué es el carlismo?*, Ediciones Escélicer, Madrid, 1971, págs. 93-96.

(5) Desde Platón se sabe que, siendo los escritos valiosísimos, la sola escritura no garantiza ni siquiera una doctrina clara y duradera, pues no es capaz de redargüir y clarificarse de acuerdo con la necesidad del lector, cuanto menos una forma de vida. Por eso hay que repetir con Eugenio D'Ors «¡Bienaventurado quien ha conocido maestro!» y comprender que la madurez del hombre se expresa en la elección del propio maestro.

(6) Juan Pablo II pudo decir en Madrid (2-XI-1982) «La calidad de una persona se puede medir por la categoría de sus vínculos» (*Vid.* Luis

Fundación Speiro

El valor apodíctico del acervo de la tradición se lo confiere el ser un sistema de soluciones ya probadas, mientras que el de la revolución es un sistema de propuestas tentativas e hipotéticas (7).

La tradición —continuidad perfectiva— debe ser la norma de la vida social, y la revolución su excepción.

Es lo que se ha denominado principio conservador: «Cuando no es necesario cambiar, es necesario no cambiar» (8).

Al que se añade el principio reformista y gradual: «El crecimiento paulatino de todas las cosas es una ley impuesta por la naturaleza. Por tanto, en el campo de las instituciones humanas no puede lograrse mejora alguna si no es partiendo paso a paso desde el interior de las instituciones» (9).

La conciencia del proceso tradicional debe llevar a considerarnos, en idea de Bernardo de Chartres, enanos encaramados a los hombros de gigantes. Estamos más altos y vemos más lejos; esa ventaja es real, pero muy poco del mérito de esa altura es nuestro: los hombres de gran talla son nuestros predecesores. El tradicionalista es un hombre humilde y henchido de reconocimiento: piadoso.

La actitud tradicional se fundamenta en un sentido del deber de la gratitud —e incluso la fidelidad— para con los predecesores, y en un sentido del deber de la solidaridad para con los sucesores, procurándoles lo mejor de que se dispone.

Pero también supone un deber para con nuestra propia esti-

MARÍA SANDOVAL, «La Iglesia ante los modernos intentos de liberación», en *Verbo*, núm. 267-268 (1988), págs. 1.001-1.002.

(7) *Vid.* GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA, «Maeztu y la teoría de la Revolución», estudio preliminar al volumen *Frente a la República* de Ramiro de Maeztu, Ediciones Rialp, Madrid, 1956, pág. 61.

(8) De este principio se deriva el que «La institución de nuevas leyes debe reportar una evidente utilidad que justifique el abandono de aquellas otras que durante mucho tiempo fueron consideradas equitativas» (*Digesto*, libro I, título IV, ley 2). Doctrina luego desarrollada por SANTO TOMÁS DE AQUINO en la *Suma Teológica*, I-II^{ae}, q. 97, a. 2.

(9) JUAN XXIII, *Pacem in terris*, § 162.

Fundación Speiro

mación: no desmerecer del imponente prólogo que a nuestro protagonismo ha puesto la historia entera. Por eso, cuando la palabra pasa a nosotros, es preferible adherirse a lo ya dicho que improvisar dislates por mor de originalidad (10).

La tradición se apoya en la noción de la igualdad sustancial de todos los hombres, no sólo espacial y racial, sino temporal. No es lícito, ni tampoco sostenible, pensar que, durante milenios, a los antiguos se les han ocultado las grandes reflexiones filosóficas y morales, como si por sus diferencias de medios y experiencias hubieran carecido totalmente de inteligencia o sensibilidad. Para la neolatría progresista existen realmente generaciones superiores e inferiores, pero es soberbia ridícula y desprecio ignorante e injusto pensar que el mundo comienza a pensar, por fin, en nuestro tiempo.

Por el contrario, el pensar que generaciones de semejantes nuestros han puesto en práctica, aprobado y conservado una tradición es lo que le confiere una presunción de valiosa.

No se puede ser verdadero tradicionalista sin apreciar los eslabones intermedios de una tradición. Sólo ellos nos ligan naturalmente a los orígenes; toda apelación exclusiva y directa a éstos prescindiendo de aquellos será artificiosa y pasible de manipulación. Y en cambio, las generaciones intermedias representan ya respecto de los orígenes una mayor experiencia acumulada, al tiempo más elaborada y más próxima a nosotros (11).

Las tradiciones tienen origen, pero no se crean a voluntad: las soluciones que se inventan, si resultan y perduran, llegan a

---

(10) En palabras de EUGENIO D'ORS, «La visión de la cultura como una asamblea en que todo está dicho a medias, y donde, tras de haberse oído a Platón y Aristóteles, y a San Pablo y a Dante, y a Newton y hasta Auguste Comte, 'la palabra pasa a nosotros' es extraña al Romanticismo. Tan extraña a él como a nosotros llena de atractivos ideales esta manera de la tradición» (*Introducción a la vida colegial*, 1950).

(11) *Vid.* LUIS MARÍA SANDOVAL, «Cultivando el amor a la Iglesia», en *Verbo*, núm. 275-276 (1989), págs. 894-896.

Fundación Speiro

incorporarse a las tradiciones. Las modas son tradiciones frustradas (12).

En cambio, las tradiciones pueden truncarse en cualquier momento, por ruptura deliberada o mera dejadez. Es necesario aplicar activamente la voluntad a velar por la tradición (por su legado y por su continuidad), sin desmayar ni un instante.

La noción de tradición goza de un lugar preeminente en la Iglesia Católica. Los principios de la religión cristiana no son fruto de una especulación racional ahistórica, sino que proceden de la Revelación Divina a lo largo de la historia de Israel, culminada con la Encarnación del Verbo en tiempos de Augusto. Y no sólo han sido transmitidos por Dios a Israel y a los primeros apóstoles, sino que los designios de la Providencia han encomendado a los fieles su transmisión de generación en generación, y su propagación por el mundo entero. A este aspecto tradicional se refiere la nota de Apostólica de su Santa Iglesia, la cual remonta y certifica su testimonio por la sucesión apostólica.

Este sentido tradicional de la fe cristiana está ya recogido en la Sagrada Escritura, especialmente en las epístolas paulinas: recordemos su «tenete traditiones» (II Tes., 2.14-15) entre otras alusiones a las enseñanzas procedentes del Señor que se han transmitido y se han de conservar (13).

Y no sólo la Iglesia proclama la Tradición como fuente de la Revelación (14), sino que ha ido constituyendo una serie de

---

(12) MANUEL DE SANTA CRUZ, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español 1939-1966*, Tomo XXIII, pág. 163.

«Sólo puede crear una moda. Ahora bien, una moda es simplemente algo que no ha podido llegar a ser una costumbre. Se la cambia como una moda porque ha fracasado como una costumbre», G. K. CHESTERTON, *La paradoja andante y otros ensayos*, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1956, pág. 45.

(13) Entre otros pasajes, pueden verse Rom. 10, 17; I Cor. 11, 2; 11, 23 y 15, 3; II Tes. 2, 15 y 3, 6; I Tim. 6, 20 y II Tim. 1. 14; 2, 2 y 3, 14. También Lc. 1, 1-4.

(14) «Admito y abrazo firmísimamente las tradiciones de los Apóstoles y de la Iglesia, y las restantes observancias y constituciones de la misma Iglesia. Admito igualmente la Sagrada Escritura conforme al sentido que

Fundación Speiro

tradiciones exegéticas, espirituales y disciplinarias en su interior, especialmente por los Santos Padres y los Concilios, que custodia con veneración (15).

Finalmente, todo ello explica las preferencias que proclama en otros órdenes: «... que la Iglesia, que nunca ha traicionado la dicha del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que separarse del pasado, y que le basta volver a tomar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la Revolución y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano que los ha inspirado, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea, porque los verdaderos amigos de los pueblos no son ni revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas» (16).

* * *

Una vez conocidos los antedichos fundamentos de la tradición, estamos en condiciones de abordar el modo de cultivar el sentimiento tradicional, para lo que proponemos algunas normas prácticas como las siguientes (17):

— El sentido de la tradición sólo se adquiere y percibe plenamente dentro de la continuidad de la vida familiar.

Ser adecuadamente tradicional en la vida privada y familiar conducirá a que lo sea nuestra sociedad pública.

---

sostuvo y sostiene la santa madre Iglesia, a quien compete juzgar del verdadero sentido e interpretación de las Sagradas Escrituras, ni jamás la tomaré e interpretaré, sino conforme al sentir unánime de los Padres». Profesión tridentina de Fe, 1564. (*Vid.* Denzinger, § 995).

(15) Hasta el punto de que en el II Concilio de Nicea (año 787) se estableció: «Si alguno rechaza toda tradición eclesiástica, escrita o no escrita, sea anatema». (Denzinger, § 308).

(16) San Pío X (*Notre charge apostolique*, 1910, § 44).

(17) En su redacción nos hemos inspirado, en ocasiones casi a la letra, en las Normas para «sentire cum Ecclesia» de San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales, a modo de contribución al cumplido año ignaciano.

Fundación Speiro

— Estar atento a todo síntoma que percibimos en nosotros de prurito de novedades o de manía extranjerizante, ya sea por simple espíritu de imitación, o por tendencia a la evasión del propio entorno, para dominarlos y rehuirlos (18).

Preferir, mientras no sea imprescindible, la reforma paulatina a la innovación brusca.

Comenzar toda resolución buscando precedentes, y atender a ellos procurando aplicarlos.

— Tener ánimo pronto para buscar razones a favor de las instituciones y costumbres heredadas, y de ningún modo para impugnarlas o relativizarlas. Procurar descifrar su valor, y en todo caso evitar el escándalo que fácilmente produce su rechazo público.

— Ser adicto de la historia. Y dentro de ella, más de la próxima y propia que de la remota y ajena. Y más por aprender y tomar ejemplo que por vana curiosidad.

Igualmente, gustar de conocer las gentes y cosas nacionales con preferencia a las foráneas.

— Cultivar todas las formas de sentimiento piadoso. Es de-

(18) Es evidente que hay que estar abiertos a las innovaciones que, en cierto sentido, acostumbran a venir de fuera. No son escasas las innovaciones tomadas del exterior y cultivadas por la tradición hasta considerarse paradigma de la nación adoptiva. Lo que aquí se combate es una actitud espiritual bien conocida (véanse las advertencias de San Pablo a Timoteo, II Tim. 3, 7 y 4, 3), que nada tiene que ver con la serena amplitud de criterio, sino que es un nervioso y enfermizo afán de cambiar: gentes... del mal asiento espiritual.

Le sobra fundamento a Menéndez Pelayo para asegurar: «Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora». (*Dos palabras sobre el centenario de Balmes*, 1910. *Vid. Antología general de Menéndez Pelayo* a cargo de JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ DE MUNIAIN, tomo I. BAC, Madrid, 1956, pág. 220). Y es que, como acuñó D'ORS, «El genio siempre tendrá, como originalidad, bastante. El común de los hombres no puede abandonar la tradición sin caer en el plagio. 'Todo lo que no es tradición, es plagio'» (*Introducción a la vida colegial*, 1950).

Fundación Speiro

cir, practicar la humildad de sentirse deudor insolvente de todo cuanto se ha recibido, ya desde el nacimiento.

— Respetar, honrar y venerar la memoria de los hombres y mujeres que nos precedieron. Proponerlos como ejemplo en toda oportunidad con preferencia a otros. No dejar pasar ocasión para recordar nuestra deuda para con ellos.

Tal principio tiene su primera aplicación con los mayores que aún viven: el respeto, la veneración, la gratitud y aun la precedencia deben ser otorgados por la sociedad en cada ocasión al senado de los mayores.

Por el contrario, evitar toda comparación desproporcionada de nuestros tiempos y sus protagonistas con los pasados.

— Apegarse a la tradición íntima y cálidamente, con amor y emoción estética y no sólo por razón y conveniencia (19). El amor a la tradición, siendo ésta concreta, ha de ser también concreto y carnal, y por ello patriótico y con manifestaciones externas.

Y por ello, respetar usos y costumbres; gustar de exteriorizaciones cual conmemoraciones, monumentos y otros signos, como banderas, escudos, emblemas, uniformes, medallas, himnos, protocolos, ceremonias y desfiles; participar de ellos y alabarlos.

— Salvar en tanto sea posible la presunción a favor de cualesquiera autoridad, y la primera la de los antepasados: la tradición.

— Pese a que la tradición se apoya en la adhesión, no descartar el recurso a las censuras y condenas de errores e impiedades para preservar las tradiciones, como paso previo para que puedan ser positivamente amadas y asumidas.

— Estar en actitud permanente de redescubrir y conquistar la tradición. Participar en todo momento de la emoción que lleva consigo el participar de su continuidad (20).

* * *

(19) Sobre un aspecto concreto de esta idea, véase el artículo de RAFAEL GAMBRA, «Monarquía instrumental» (revista *Siempre*, VII-1963), recogido en MANUEL DE SANTA CRUZ, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español 1939-1966*, tomo XXV-1, págs. 88-91.

(20) «En la Historia Universal ha habido tantas generaciones jóvenes

Fundación Speiro

Siempre habrá quien objete que el referido espíritu tradicional, y la aplicación de algunas de la máximas expuestas, entraña riesgos graves del inmovilismo y otros males semejantes. Concediendo que eso puede acontecer, pero rechazando igualmente que los excesos —reprobables y reprobados— afecten a la cosa en sí, conviene advertir que los males de la fijación por el pasado no son precisamente mayores que los de la avidez de novedades, y eso sin contar cuando dicho prurito llega a convertirse en frenesí revolucionario.

Es impulso automático de ingenuos e ignorantes exaltar su época por encima de las demás, porque no conocen épocas anteriores y porque ésta tiene el mérito de haberles engendrado: siempre hay arrogantes que creen que el mundo les esperaba a ellos para comenzar de veras. En cambio, los enamorados del pasado, si caen en excesos, al menos se apoyan en una cultura seria, que recuerda y conoce el pasado, y un sentido crítico aguzado, que les ha permitido juzgar su siglo en contra de su instinto; de modo que fácilmente llegan a valorar las cuestiones sociales con independencia de la época, antigua u hodierna, por aquello que las trasciende a todas, del mismo modo que prefieren lo que perdura: la tradición.

Y como ejemplo supremo de la recomendación del espíritu tradicional, por la Iglesia, en este mismo siglo, y con motivo de la crisis modernista, y por lo tanto mucho más actual todavía hoy que entonces por su rebrote presente, brindamos este pasaje de Benedicto XV:

«Nos no deseamos solamente que los católicos detesten los errores modernistas, *sino también que eviten sus tendencias y espíritu*: quien está infectado de ellos rechaza con repugnancia todo lo que da la sensación de antiguo, busca ávidamente y en

como viejas, y muchísimas olas nuevas [...]. Lo que da personalidad a nuestras juventudes es la emoción histórica, y aun la noble emoción estética, de sentirse continuadores de una gran obra humana que tiene una indudable vocación divina». JOSÉ MARÍA VALIENTE, Estella, 5-V-1963 (apud MANUEL DE SANTA CRUZ, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo sepañol 1939-1966*, tomo XXV-1, pág. 167).

Fundación Speiro

todas partes la novedad, en la manera de hablar de las cosas divinas, en la celebración del culto sagrado, en las instituciones católicas y hasta en el ejercicio de la piedad privada. Deseamos, pues, que permanezca sagrada esta regla de nuestros pdares: 'Que nada sea innovado, si no es en el sentido de la Tradición', y esta regla, si debe ser seguida inviolablemente en las cosas de la fe, *debe también servir de norma en todo lo que está sujeto a cambio*» (21).

(21) Apud JACQUES PLONCARD D'ASSAC, *L'Eglise occupée*. Diffusion de la Pensée Française, 1975, pág. 250.

Fundación Speiro